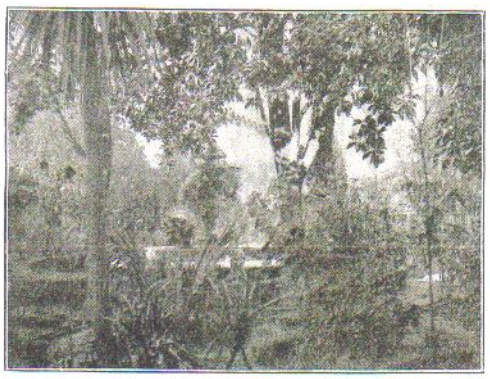


PARQUE DE LA CASA DEL SEÑOR LILLO

vive solitario... Esa seria buena obra, santa obra! ¡Pero yo! Me hablan de la Cancion Nacional... ¡Antigua historia! Son los setenta años los que los trae hasta aquí, caballeros. Y en calidad de viejo no soi el único.

Pero ustedes me hablan ademas de mis cuadros. Eso es otra cosa: son mis amigos.

Y poniéndose de pié nos guió a traves de aquella sala y de otras y otras, en todas las cuales habia cuadros al óleo, acuarelas, pasteles, un verdadero museo formado por un *amateur* de un gusto esquisito, por un viajero refinado, por un artista con un sentimiento profundo del arte, de lo bello, de las plácidas emociones que causan aquellas obras.

Donde la casa hace esquina, hai una salita pequeña contigua al dormitorio y en un rincon, junto a una ventana que mira al poniente, hai una mesa de palo, sin pretensiones de escritorio, cubierta por un tapete semejante a los que se veian en las viejas escribanias y toda llena de papeles, de libros, con las huellas del trabajo. En otro lado hai un ámplio divan... el de las siestas, pensamos nosotros.

Como le preguntáramos si aquel era su rincon favorito, el señor Lillo, temeroso en todo momento de hacer *pose*, y sinceramente perturbado por aquella intrusion en su vida, dijo:

—Yo no tengo rincon favorito, trabajo a veces aquí y otras en la biblioteca. Pero no miren ustedes esta mesa porque está toda revuelta. Es una vergüenza, pero cuando dejo un papel sobre la mesa ya nunca mas vuelvo a saber donde está. Parece que los papeles se esconden solos. Jamas he podido curarme de este mal hábito del desórden.

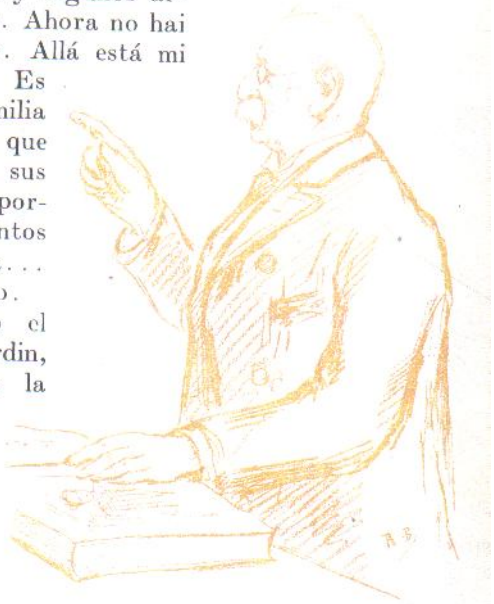
—Vean este libro que es curioso—añadió cambiando de conversacion y resuelto a no hablar de su persona—es una obra sobre San Martin que acaba de publicar en Buenos Aires, Carranza, el director del Museo. Es una coleccion de cuanto grabado u objeto de cualquiera naturaleza hai por ahí sobre el jeneral San Martin. A mí me interesa, porque la personalidad de San Martin me entusiasma. Siempre le he encontrado una superioridad moral e intelectual mui grande entre los Padres de la Patria.

Por la ventana entraba el sol llenando de alegria la salita y los átomos de la luz vibraban en torno de la noble cabeza echada atras en el sillon de mimbre. El señor Lillo hablaba con entusiasmo de jóven, referia sus últimos estudios, sus lecturas de historia nacional. Aquel espíritu vigoroso y en plena actividad vive siempre enamorado de su pais, de su historia, de sus glorias pasadas y de sus progresos presentes.

—Véanlo todo, siguió diciendo cuando proseguimos nuestra peregrinacion a traves de la casa. Ya les he dicho que tomen posesion de esta casa. No hai mas que cosas viejas y mucha voluntad para los amigos.

Y salimos al jardin enmarañado, donde los jazmines se enredan en el tronco de los naranjos cargados de frutos, donde los magnolios y otros árboles que recuerdan los antiguos patios santiaguinos, hacen sombra y permiten que brote el musgo en los senderos, donde una fuente de mármol está allí medio oculta entre el follaje, donde hai ese misterio de los viejos jardines que el jardinero no profana a cada rato con la tijera, sino que crecen exhuberantes como la naturaleza misma.

—En la primavera esto es bonito, hai muchas flores y algunos árboles frutales. Ahora no hai nada que ver. Allá está mi gallinero. Es toda mi familia y por cierto que cumple bien sus deberes y proporciona elementos para la mesa... añadió riendo.



Tomando el sol en el jardin, hablamos de la Cancion Nacional, tratando de llevar al poeta a los temas que